

## LA MISERICORDIA DE DIOS

2026

### Meditación (día 14)

Queridos ejercitantes, les deseo lo mejor y rezo de manera especial para que estos Santos Ejercicios puedan dar el mayor fruto en su alma y así puedan alcanzar también los frutos que se proponen que es vencerse a sí mismo y ordenar la vida, y todo esto para mayor honra y gloria de Dios y la salvación de su alma.

El día de hoy no toca meditar acerca de la Misericordia de Dios. Hemos hablado de la necesidad de salvar nuestra alma, de pensar en las postrimerías, es decir, en las realidades eternas y últimas. El día de hoy queremos hablar acerca de la Misericordia de Dios.

La obra de Cristo puede resumirse en una frase: Todo lo que Cristo hizo y enseñó es que **Él fue un gran perdonador**. Lo podemos ver a lo largo de todo el Evangelio.

Cuántos hombres y mujeres dicen: «A mí Dios no puede perdonarme», o dicen: «¿Me perdonará esto Dios?», muchos dicen eso. «¡Yo no tengo perdón de Dios!», algunos otros dicen. Realmente estas personas ¿saben lo que están diciendo? ¿Entienden a Dios? ¿Entienden el alcance que tienen estas palabras?

La obra de Cristo —como decíamos— se resume en esto: Cristo fue un gran perdonador. En unas de sus revelaciones a Santa Faustina Kowalska lo manifiesta cuando le pide que hable de la Misericordia de Él. Le dice así:

Escribe, habla de mi Misericordia. Di a las almas en dónde deben buscar el consuelo, es decir, en el tribunal de mi Misericordia, allí suceden los más grandes milagros que se repiten continuamente. Para obtener este milagro no es necesario hacer peregrinaciones a tierras lejanas, ni celebrar solemnes ritos exteriores, simplemente basta ponerse con fe delante de un representante mío y confesarle la propia miseria —y he aquí— que el milagro de la Divina Misericordia se manifestará en toda su plenitud. Aun cuando un alma estuviera en descomposición como un cadáver y humanamente no hubiese ninguna posibilidad de resurrección y todo estuviese perdido, para Dios no lo sería así: un milagro de la Divina Misericordia resucitará a esta alma en toda su plenitud.

Así como lo hemos experimentado nosotros en tantísimas confesiones después de nuestras caídas, cómo la Misericordia de Dios nos levanta, nos resucita. Y como dice el profeta: «*Aunque tu alma esté roja como la grana, yo la volverá blanca como la nieve*». (Is 1, 18). ¡Cuán grande es la Misericordia de Dios!

¡Infelices de aquellos que no se aprovechan de este milagro de la Divina Misericordia! ¡Lo invocareis en vano, cuando sea demasiado tarde!<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Palabras de Jesús a Sor Faustina sobre la Confesión Sacramental. *Diario*.

Palabras explícitas de la revelación de Nuestro Señor Jesucristo a Santa Faustina Kowalska.

«**Lo invocareis en vano, cuando sea demasiado tarde!**». ¡Cuántas veces desaprovechamos de esta grande gracia!

### ACTOS PREPARATORIOS

#### Oración preparatoria:

[46] *Oración.* La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Y todo esto para Su mayor honra y gloria, y salvación de nuestra alma.

#### La historia: (Lc 15, 11-32).

Considerar la historia del Hijo Pródigo:

Un hombre tenía dos hijos. El más joven de ellos le dijo a su padre: «Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde». Y les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo más joven lo recogió todo, se fue a un país lejano y malgastó allí su fortuna viviendo lujuriosamente.

Después de gastarlo todo, hubo una gran hambre en aquella región y él empezó a pasar necesidad. Fue y se puso a servir a un hombre de aquella región, el cual lo mandó a sus tierras a guardar cerdos. Le entraban ganas de saciarse con las algarrobas que comían los cerdos, y nadie se las daba. Recapacitando, se dijo: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante, mientras yo aquí me muero de hambre! Me levantaré e iré a mi padre y le diré: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros”». Y levantándose se puso en camino hacia la casa de su padre.

Cuando aún estaba lejos, le vio su padre y se compadeció; y corriendo a su encuentro, se le echó al cuello y le cubrió de besos. Comenzó a decirle el hijo: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo». Pero el padre le dijo a sus siervos: «Pronto. Sacad el mejor traje y vestidle; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies. Traed el ternero cebado y matadlo, y vamos a celebrarlo con un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido encontrado». Y se pusieron a celebrarlo.

El hijo mayor estaba en el campo. Al volver y acercarse a casa, oyó la música y los cantos y, llamando a uno de los siervos, le preguntó qué pasaba. Éste le dijo: «Ha llegado tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado por haberle recobrado sano». Se indignó y no quería entrar. Pero su padre salió a convencerle. Él replicó a su padre: «Mira, hace cuántos años que te sirvo sin desobedecer ninguna orden tuya, y nunca me has dado ni un cabrito para divertirme con mis amigos. Pero en cuanto ha venido ese hijo tuyo, que devoró tu fortuna con meretrices, has hecho matar para él el ternero cebado».

Pero él respondió: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo. Pero había que celebrarlo y alegrarse, porque ese hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado».

Composición de lugar:

Consideraremos lo siguiente: Ver mi alma como aquel hijo que decide irse de la casa de su Padre; después de cada pecado, después de cada falta. Ver cómo cada uno de mis pecados es despreciar a ese Padre bueno y bondadoso que siempre me está induciendo y conduciendo por el buen camino; y cuán ingrato soy yo al derrochar tantas gracias y dones que me da este buen Padre. Y ver también al Padre qué ansioso que nos espera. Podemos colocar también a Jesucristo; cómo nos espera en la Cruz con Sus Brazos abiertos y Sus Manos clavadas para darnos su gracia; y nosotros cuántas veces pasamos frente a esta imagen y seguimos de largo, a veces sin mirarlo. ¡Cuántas veces!

Poner esta imagen como composición de lugar que sirva para meditar, para contemplar la grandeza de la Misericordia de Dios.

Debemos imaginar que nosotros somos ese hijo pródigo que abandona a su padre para irse a disfrutar de los placeres de este mundo. Por ejemplo, podemos ver cuántas veces hemos cambiado a este Buen Padre por cosas que nos muestran casi nada del infinito amor de este Padre. Las creaturas son nada comparadas con Dios y cuántas veces nos hemos quedado con estas «nadas». **Hemos cambiado las creaturas por Dios.** ¡Cuántas veces!

Petición:

[104] 3º *preámbulo*. El 3º: demandar lo que quiero: será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

Esta es la parte más importante de esta Meditación. La petición es lo queremos alcanzar: vamos a **pedir conocimiento de la infinita Misericordia que Dios me tiene**, a pesar de mis innumerables pecados, por los cuales merezco el Infierno. ¡Cuán grande es la Misericordia de Dios que por mí se hizo hombre y que por mí quiso venir a este mundo y sufrir todo por mí, para salvarme!

Quería considerar en esta meditación —ya pasando al cuerpo de la Meditación— tres puntos importantes que nos pueden ayudar.

**PUNTOS****1- NECESIDAD DE LA MISERICORDIA**

Como sabemos, la Misericordia de Dios es infinita. Su importancia se encuentra en la realidad del mismo hombre. No tenemos nosotros que olvidar que la naturaleza humana está inclinada al mal; por lo tanto, contemplarnos a nosotros mismos muchas veces; es decir, contemplar nuestras miserias, nuestros pecados, nuestros defectos, puede llevarnos a la desesperación por no tener una clara noción de la Misericordia de Dios en nuestras vidas.

Todos nosotros tenemos obstáculos que nos impiden el progreso en la vida espiritual. Dichos obstáculos son nuestros vicios, defectos y pecados. Y la manera de afrontarlos depende de nosotros, es decir, depende de dos cosas:

- \* Lo primero, aceptar nuestras faltas y pecados, es decir, no mentirnos a nosotros mismos ni a Dios; debemos ser sinceros y mostrarnos delante de Dios tal cual somos y lo que hacemos cuando no aceptamos su Voluntad.
- \* Lo segundo, confiar en la Misericordia de Dios. ¿Qué pecado Dios no podría perdonar si todo lo asumió y lo pagó con Su Cruz y con Su Muerte?

Estas dos acciones son las que el hombre puede realizar para que Dios lo colme con Su Gracia y lo haga libre.

Por eso el Papa San Juan Pablo II decía:

¡Cuánta necesidad de la misericordia de Dios tiene el mundo de hoy! En todos los continentes, desde lo más profundo del sufrimiento humano parece elevarse la invocación de la misericordia. Donde reinan el odio y la sed de venganza, donde la guerra causa el dolor y la muerte de los inocentes se necesita la gracia de la misericordia para calmar las mentes y los corazones, y hacer que brote la paz.<sup>2</sup>

Entonces, ¿por qué el mundo y el hombre necesitan de la Misericordia de Dios para obtener la paz en sus almas? Porque:

Así lo afirma San Pablo en **2 Co 1, 3**: «*Padre de misericordia...*»

**Salmo 111, 4**: «*Él es el bondadoso, el compasivo y el justo*».

Él conoce los corazones humanos, sabe que somos frágiles y miserables; por tanto, desea colmar al hombre con todas sus gracias, pero para ello el hombre debe querer que Dios lo ayude, pues Dios es custodio de la libertad humana y jamás pasará por encima de ella si el hombre no se lo permite.

Lamentablemente, el hombre moderno cree que la Misericordia de Dios no implica que el hombre salga del pecado, de sus faltas. Cree muchas veces que Dios lo va a perdonar sin arrepentimiento, sin el dolor de sus pecados y esto es un error.

**San Francisco de Sales** nos da una breve lección respecto a esto y afirmaba:

La misericordia no consiste, en efecto, en disminuir el mal o negar el pecado, todo lo contrario, sólo una conciencia que conozca la gravedad del pecado nos hace comprender la necesidad absoluta de la misericordia de Dios.

Por lo tanto, tenemos que tener una **conciencia clara y profunda de la malicia del pecado**, y para ello es importante **conocer la bondad de Dios**, que es la que nos manifestará la maldad del pecado.

Hemos quedado de que somos pecadores, débiles, frágiles; se necesita de la Misericordia de Dios. Necesitamos de Su Gracia que nos cure, que nos purifique, que nos eleve; y he aquí que está la **fuentes de la Misericordia: Nuestro Señor Jesucristo**.

---

<sup>2</sup> SAN JUAN PABLO II, *Homilía del Santo Padre*, Santuario de la Misericordia Divina, Cracovia, 17 de agosto de 2002.

## 2- LA BONDAD MANIFIESTA LA MALDAD

Notar cómo la maldad del pecado se manifiesta en la malicia de las obras, en lo que uno hace; y cómo la bondad muchas veces manifiesta la maldad.

Santo Tomás dice que: «En todas las obras de Dios brilla Su Misericordia». Esto en razón de la Bondad de Dios, porque en cuanto que **Dios comunica el bien** decimos que **es sumamente Bueno**, en cuanto que ese bien que comunica **sana nuestras miserias** se dice que **es Misericordioso**. Es por eso que Dios está continuamente dándonos bienes que sanan nuestra miseria: nos da luces que sanan nuestra ignorancia; nos da deseos de mayor entrega que sana nuestra tibieza y nuestra mediocridad; nos fortalece con Su Gracia que sana nuestras debilidades, nuestra mezquindad, nuestros temores; y permanentemente está siendo Misericordioso con nosotros a cada instante, en cada momento. Por eso decimos que **la Misericordia de Dios es infinita**.

Santo Tomás también continúa explicando en otra parte que «la misericordia es la compasión por la miseria ajena»<sup>3</sup>, pero de tal modo que nos mueve a socorrerla. Por eso San Juan Pablo II decía:

El verdadero significado de la misericordia no consiste únicamente en mirar, por muy penetrante y compasiva que sea, dirigida al mal moral, físico o material: la misericordia se manifiesta en su verdadero sentido cuando revaloriza, promueve y extrae el bien de todas las formas de mal existentes en el mundo y en el hombre<sup>4</sup>.

Lo que dice San Pablo: «*Todo coopera para el bien de los que aman a Dios, incluso el mal*». (cf. **Rm 8, 28**)

Dios es Misericordioso porque sana nuestra miseria con Sus dones, con los bienes que nos da. La misericordia no es echar agua bendita sobre el mal, sino que es socorrer y buscar sanar el mal. A eso apunta la Misericordia de Dios. Evidentemente que esto implica un arrepentimiento previo: que yo me muestre arrepentido, que esté dispuesto a que Dios obre Su Gracia en mí.

En este tiempo de Cuaresma contemplar la Pasión nos hará ver el inmenso Amor de Dios, pues descubrimos que en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo están mis pecados. ¿Quién puede dudar del amor y protección de Dios? Si cuando miramos al Hijo Dios crucificado *Él es nuestro auxilio y nuestra fortaleza*. Por tanto, es importante notar que, en la Pasión, la Misericordia de Cristo vence al pecado. En la hora misma de las tinieblas y del príncipe de este mundo, **el Sacrificio de Cristo** se convierte secretamente en la **fuentes de la que brotará inagotable el perdón de nuestros pecados**. Por eso, debemos trabajar seriamente, no sólo para conocer nuestra propia maldad, sino para luchar contra el pecado, para que la Misericordia de Dios invada nuestras almas.

La Misericordia de Dios se activa con nuestros pecados, pero para que se efectúe en nuestras almas es necesario reconocer nuestras faltas frente a Dios y querer luchar contra ellas. Como decía el hijo pródigo: «*Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser*

<sup>3</sup> SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, II, II, q. 30, a. 1.

<sup>4</sup> SAN JUAN PABLO II, *Dives in Misericordia*, «6. Concentración especial en la dignidad humana», 30 de noviembre de 1980.

*llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros*». Se da cuenta de la malicia de sus pecados, de sus defectos y de lo que hizo con todo lo que el padre le dio, todos los bienes. Lo mismo podemos poner acá nosotros: cuántos bienes, cuántas gracias, cuántos dones hemos desaprovechado.

### 3- ODIAR EL PECADO

Vamos a considerar cómo una vez que hemos visto la grandeza del Amor de Dios, la Misericordia Infinita de Dios, cómo tenemos que aborrecer el pecado.

Jesús se lo reveló a Santa Faustina: «Cuanto mayor es el pecador, más derecho tiene a Mi misericordia», y así también: *«al que más se le da, más se le pedirá»*. (Lc 12, 48)

Por eso San Juan Pablo II decía que: «El límite que Dios pone al mal es Su Misericordia». Cuando Dios opone el bien al mal, o saca bienes de los males, o vence al mal, lo desvanece. Se ve claro esto en el Misterio de la Cruz. A lo terrible de la Muerte de Cristo en la Cruz, Dios opuso la Redención de todos los hombres. Al mal más grande, Dios opuso el Bien más grande: la salvación del género humano.

Isacc de Stella<sup>5</sup> decía:

Hermanos, ha llegado el momento de salir, cada uno por su lado, del lugar en que nos ha colocado nuestro pecado. Salgamos de la voluntad de pecar y vayamos a hacer penitencia por nuestros pecados. Entonces encontraremos a Cristo: Él mismo ha expiado el pecado que de ninguna manera él había cometido. Entonces, el que salva a los penitentes nos concederá la salvación...: *«(pues él) tiene misericordia con los que se convierten»*. (Si 12,3 Vulg).

Y continúa el monje: Me diréis: «¿Quién puede, por sí mismo, salir del pecado?». Sí, verdaderamente, el pecado más grande es el amor al pecado, el deseo de pecar. Sal, pues, de este deseo..., odia el pecado y verás como sales de él. Si tu odias el pecado, has encontrado a Cristo allí donde se encuentra. A los que odian el pecado..., Cristo les perdona las faltas esperando poder sacar de lo más profundo de nuestras almas aquellos malos hábitos que día a día nos atormentan.

Por eso no debemos tener miedo de nuestras faltas, pero tampoco debemos engañarnos y creer que la conversión no implica rechazo al pecado. Entonces, para confiar en la Misericordia de Dios, ¿qué debemos trabajar seriamente?

En una de Sus apariciones de Nuestro Señor Jesucristo, reveló estos secretos a Santa Faustina y le dijo lo siguiente:

Las gracias de Mi Misericordia se toman con un solo recipiente y éste es la confianza. Cuanto más confíe un alma, tanto más obtendrá mi gracia. Las almas que confían sin límites son mi gran consuelo, porque en tales almas vierto todos los tesoros de mis gracias. Me alegro de que me pidan mucho, porque mi deseo es dar mucho, muchísimo. Me pongo triste, en cambio, si las almas piden poco, porque estrechan sus corazones a Mi Misericordia<sup>6</sup>. (Diario 1578).

---

<sup>5</sup> BEATO ISAAC DE STELLA, *Sermones del Beato Isaac*.

<sup>6</sup> SANTA FAUSTINA KOWALSKA, *Diario*, 1578.



Por eso cuando nuestras miserias sean grandes y parezcan poderosas ante nuestras fuerzas humanas, no debemos buscar consuelo entre los hombres, sino que debemos ir delante del Sagrario y decir lo que Santa Faustina le decía en sus momentos difíciles:

Señor, aunque me mates, yo confiaré. **(Diario 77)**

Cuando mi alma es atormentada pienso solamente así: Jesús es bueno y lleno de misericordia y aunque el infierno se abra bajo mis pies, no dejaré de tener confianza en Él. **(Diario 1192)**

**Una sola cosa es necesaria: la Gracia de Dios.** Jesús se lo dijo a San Pablo: «Te basta mi gracia para resistir y para hacer lo que debes hacer». **(cf. 2 Co 12:9)**. Esto vale también para nosotros. Por eso es que el Señor no nos libra de los males, pero nos ayuda a madurar en los sufrimientos, en las dificultades y en las persecuciones.

Ahora en esta última parte quería simplemente considerar algunos engaños con los cuales el demonio engaña a las almas para que no confíen en la Misericordia.

**El primer engaño**, es el miedo a no ser perdonado.

Adán y Eva huyen de la presencia de Dios llevados del miedo, la vergüenza y la confusión: *«Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahveh Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista del Señor Dios por entre los árboles del jardín».* **(Gn 3, 8)**; porque tenían miedo, porque estaban desnudos.

**El segundo engaño** y el más frecuente, es el desánimo.

Uno se desalienta al ver que ha caído, que ha fracasado y que la cosa no sale como se deseaba. Es que se ha confiado demasiado en sí mismo y se ha confiado poco en Dios; y esto puede ser un gran problema para avanzar en la vida espiritual.

**El tercer engaño** es una tentación contra la fe:

Creer que el pecado es más grande que Dios y que por tanto no puede ser perdonado.

Caín mató a su hermano Abel, confiesa su crimen, pero no cree en el Poder Divino, y dice: *«Mi pecado es demasiado grande para que pueda ser perdonado».* **(Gn 4, 13)**

Y de estos engaños a la desesperación. Judas vendió al Señor, confiesa su crimen —«He entregado a un hombre inocente»—, pero se ciega en su miseria. Dice Judas: *«Pequé entregando sangre inocente»* **(Mt 27,4)**. Y desespera.

## ACTOS CONCLUSIVOS

### Coloquio:

Finalmente, terminar con un coloquio hablando con Nuestro Señor Jesucristo.

Esta es la parte más importante, tenemos que volcarnos a ese Corazón Misericordioso y ver la grandeza de la obra de Dios, todo lo que Dios ha hecho por nosotros. Cuántas veces hemos caído y cuántas veces nosotros nos hemos levantado, y pedirle aquí la gracia de no perder nunca la confianza en Su Infinita Misericordia, para que podamos tener la firme decisión de luchar con todas nuestras fuerzas contra el pecado.

Terminar con una oración de amor a Dios, dando gracias por tanto amor que me ha tenido, sabiendo que tantos hombres han muerto con un solo pecado mortal y se han condenado; y yo... ¡cuánto he hecho contra Dios, cuánto le he ofendido, y me ha seguido teniendo misericordia!

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Amén.